

## DE LA VERDADERA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Ulrico Stadler

### Introducción

Fuentes: *Glaubenszeugnisse oberdeutscher Taufgesinnter*, Hg. Lydia Müller, Lipsia, 1938; Fast, *Linker Flügel*, pág. 138 y ss. Williams, *Writers*.

*Gracias a los beneficios de una tolerancia rara en aquella época, el movimiento hutteriano pudo producir una literatura abundante. Sin embargo, sus convicciones eran idénticas a las de los demás anabaptistas, con la excepción de su régimen económico. Se justifica así que nos limitemos a los textos que describen por un lado su experiencia histórica única y, por el otro lado, la comunidad de bienes.*

*Nacido en el Tirol, Ulrico (Ulrich) Stadler debe haberse convertido entre 1527 y 1530 durante el apogeo misionero del anabaptismo en esa región. Era dirigente de congregaciones en Polonia y en Moravia, tal vez el líder más importante, a la par del propio Jacob Hutter, en la primera generación.*

*El texto que reproducimos forma la tercera parte del tratado Una querida instrucción de Ulrico Stadler, Servidor de la Palabra<sup>1</sup>, acerca del pecado y de la excomunión... también acerca de la comunidad de los bienes temporales... Las partes que tratan del pecado y de la disciplina, que no reproducimos, se asemejan a los textos de Hubmaier<sup>2</sup> y de Menno<sup>3</sup>.*

*Se nota que el argumento en favor de la comunidad de bienes no se limita a citar el ejemplo del cristianismo original. Se añaden preocupaciones pastorales y espirituales: la liberación del egoísmo, la autenticidad de la fe como entrega de sí mismo (Gelassenheit), y la soledad bajo la persecución.*

## DE LA VERDADERA COMUNIÓN DE LOS SANTOS<sup>1</sup> (CIRCA 1539)

Existe una comunidad de todos los fieles, en Cristo, y una comunión<sup>2</sup> de todos los santos hijos elegidos de Dios. Ellos tienen un Padre en el Cielo, un Señor Cristo; todos ellos están impregnados y sellados en el corazón, con un espíritu, tienen una sola intención, opinión, corazón y alma, como quienes han bebido de una misma fuente, viven la misma lucha, la misma cruz y las mismas pruebas y alientan, por fin, una misma esperanza gloriosa. Pero ella, es decir, esta comunidad, debe andar por este mundo en la pobreza, en la miseria, reducida y rechazada por un mundo que, sin embargo, no es digno de ella. Quien aspire a cosas elevadas [de este mundo] no tiene cabida en ella. Así en esta comunidad todo tiene que ser igual, todo tiene que ser único y común, aun en lo que se refiere a los bienes corporales que su Padre Celestial brinda diariamente a los suyos, para utilizarlos según su divina voluntad. Porque, ¿cómo puede ser que todos aquellos a quienes les aguarda una herencia en el reino de su Padre no estén en paz en cuanto a los bienes y dones corporales que les ha brindado su Padre para este peregrinaje? Juzgad, santos de Dios, vosotros que estáis tan auténticamente implantados en Cristo y que con Él habéis muerto al mundo, al pecado y a vosotros mismos, de modo que en adelante no viviréis más para el mundo o para vosotros, sino para aquél que ha muerto y resucitado por vosotros: Cristo<sup>3</sup>. Ellos también se han rendido y sacrificado en Cristo a Dios, el Padre Misericordioso y se han brindado a Él confiados, entregados<sup>4</sup>, por su libre voluntad, desnudos y descubiertos, para aceptar y soportar su voluntad y también para hacerla, y luego se han consagrado también a la obediencia y al servicio de todos los hijos de Dios. Por eso conviven en paz, unidos, tierna, amigable y fraternalmente, como hijos de un mismo padre, allí donde el Señor les

concede un lugar. En su peregrinaje deberían estar conformes con los bienes y dones corporales otorgados por su Padre, puesto que todos ellos deben ser un solo cuerpo y miembros entre sí.

Ahora bien, si luego cada miembro niega al otro su ayuda, el cuerpo tiene que desintegrarse. Los ojos no verán más, las manos no asirán. Pero cuando cada uno de los miembros ayuda —a su manera— a todo el cuerpo por igual, éste es edificado y crece. Entonces hay paz y unidad: si, un miembro se preocupa del otro. En resumen: existe igual preocupación, tristeza, paz y alegría. Lo mismo ocurre en el cuerpo espiritual de Cristo: cuando el servidor de la comunidad<sup>5</sup> no quiere servir más, el maestro no quiere enseñar, el hermano joven no quiere obedecer, el fuerte no quiere trabajar para la comunidad, sino para sí mismo, y cada cual se ocupa de su propia persona (lo que pocas veces ocurre sin egoísmo), el cuerpo se desintegra. Resumiendo: “Un y común” edifica la casa del Señor y es puridad; “propio, mío, tuyo, suyo” divide la casa del Señor y es impuridad<sup>6</sup>. Por eso, donde hay propiedad, donde se la tiene o se aspira a ella y no se la tenga en común con Cristo y los suyos en la vida y en la muerte, se está fuera de Cristo y de su comunión y no se tiene tampoco un mismo “Padre Celestial”. Quien diga que es así, está mintiendo. Ésa es la vida de los peregrinos del Señor, que los ha comprado en Cristo, a los escogidos, los llamados, los santos de esta vida. Ellos son los paladines y heraldos de Cristo, a quienes Él les dará la corona de la vida el día de su justicia.

En segundo lugar, una comunidad de hijos de Dios, como ésta, debe tener también sus ordenanzas aquí, en su peregrinaje. Éstas deben regular la convivencia en todo el mundo. Pero la maldad del hombre ha pervertido todo. Porque así como el sol con su brillo es común [para todos], así también lo es el aprovechamiento de todos los bienes creados. Quien lo reserve para su exclusivo beneficio es un ladrón y roba lo que no le pertenece. Porque todo ha sido creado libremente para utilidad común. De ladrones como estos está lleno el mundo. ¡Dios libre a los suyos de ellos! Sí, se invocan derechos humanos, no divinos al decir esto: esto es mío.

Aquí, en este orden<sup>7</sup>, cabe estar alerta para que no se vuelquen cargas insoportables sobre los hijos del Señor; sólo debemos soportar las que Dios nos ha impuesto en su misericordia y en las que podemos vivir según sus deseos. Así, para las circunstancias en que se encuentren los hijos de Dios, para muchas o pocas cosas, deben designarse administradores y servidores fieles, que procedan fielmente

con lo hijos de Dios, más aún que actúen paternalmente y con mansedumbre, y que pidan sabiduría a Dios en esto.

**Acerca de las ordenanzas de los santos en su comunidad  
y acerca de la vida aquí en el Señor con los bienes de su Padre**

Todos los dones y bienes que Dios brinda y reparte entre los suyos, para compartirlos, requieren corazones libres, vacantes, entregados<sup>8</sup> de sí mismos e íntegros de Cristo; sí, corazones que crean y confíen realmente en y se rindan por completo a Cristo. Quien esté tan libre, vacante y olvidado de todo en el Señor, dispuesto a entregar todos sus bienes, más aún, a que estos sean repartidos entre todos los hijos de Dios [habrá recibido] la gracia de Dios en Cristo, que le es deparada al hombre de esa manera. La buena voluntad y la buena disposición hacen que se esté libre y vacante. Pero quien no sea tan libre para entregar todo y, como se ha dicho, para ponerlo a disposición en Cristo nuestro Señor, tampoco debe retener, esconder ni negar nada; debe estar dispuesto a ir de buen grado a donde no hay nada; sí, e incluso permitir que los diáconos entren a recoger, a fin de que por lo menos, estos tengan libre acceso a él en el Señor y siempre encuentren un corazón bien dispuesto, decidido a compartir en el Señor<sup>9</sup>. Los administradores de las casas, que se han consagrado al Señor y a su pueblo con su cuerpo y con sus bienes, en servicio y obediencia del Señor en su comunidad, no deben ser cambiados cuando demuestren ser aptos para ello y se haya reconocido su fidelidad. Tampoco se les debe sustraer, en el Señor, la administración de las necesidades temporales cuando se comportan con honestidad. Mas cuando se advierta ambición o (afán de propiedad) no debe mostrarse tolerancia. También en eso deben estar en comunión con todos los menesterosos del Señor.

Se ordenará diáconos de las necesidades temporales a hombres honestos, quienes se encargarán de que haya igualdad en la casa del Señor, y en todas las casas, no sea que uno tenga y al otro le falte. Además, deben ser paternas con todos los hijos de Dios y también comprar y vender en nombre de la comunidad.

Los hijos de Dios deben reunirse, luego de haber sido dispersados de la manera más maligna, y mantenerse unidos aquí en la desdicha, en la medida en que puedan lograrlo; porque es bueno y provechoso. Empero, no deben reunirse formando concentraciones muy grandes, a no ser que se vean obligados a ello. Más bien deben tener muchas ca-

sas o unas pocas, según lo permitan las circunstancias<sup>10</sup>. En resumen, corresponde que todos los hijos de Dios vivan, sirvan y trabajen para todos los hijos de Dios, sin buscar el provecho personal y sí el de los demás, porque todos nosotros pertenecemos al Señor. Ésa es su conducta en su peregrinación.

De la misma manera, los hermanos no deben comerciar entre sí, comprar o vender, como los paganos, sino que cada cual debe pertenecer al otro en el Señor. Finalmente, todo se regulará en las iglesias de Dios, en beneficio de los santos, de acuerdo con la situación, las circunstancias, el lugar y el momento. Porque no se pueden dictar disposiciones específicas de una vez por todas. Los corazones libres, bien dispuestos, vacantes y con voluntad de servir a todos los hijos de Dios y de compartir todo con ellos, más aún de perseverar fiel y constantemente a su servicio, deben ser constantes en el Señor. Donde existen esos corazones favorecidos por la gracia, todo quedará muy pronto ordenado en el Señor. Pero a quien proceda con astucia y engaño, deshonestidad o mentiras en la comunidad o comunión de los santos, a ése, Dios lo hará fracasar... <sup>11</sup>, por mucho que demore [su castigo]. También será castigado aquél que sólo piense en sí mismo o no trabaje honestamente como si lo hiciera para el propio Señor o no proceda con los bienes del Señor debidamente, en el temor al Señor.

Siguen ahora los argumentos en contra.

Se dice que, a causa de las peleas y los rezongos es mejor vivir separados, y que cuando cada uno se preocupa por sí mismo y vive para sí hay más paz.

Respuesta: sí, el rezongón y el criticón, los que nunca han muerto para su carne, los que no han domado su voluptuosidad y sus deseos; así, los que han abandonado la paciencia y el verdadero amor a Dios (quien guarda ese amor a Dios en el corazón se muestra gustosamente paciente en estos sombríos tiempos, junto con los justos, para no perderse demasiado en el mundo), sí, a causa de ellos es difícil y hasta imposible vivir con otros y entre gente que sólo se ocupa de sí misma, para conservar aquí blandamente su vida y cultivar su carne como se acostumbra y se ha aprendido erróneamente, desde la juventud. Sí, ciertamente, esos hombres que no han muerto para sí mismos, hombres camales, carentes de espíritu, esa vida les resulta pesada, amarga, insoportable<sup>12</sup>. Ellos buscan la libertad sólo para vivir, quizá, en alguna parte, para sí mismos, a fin de llevar una vida blanda, según [las exigencias] de su carne, para su perdición. De lo contrario estarían presos en los lazos de la beatitud y

del amor. Se verían obligados a soportar a quienes ellos no aman en su corazón, pues de lo contrario quedarían en descubierto<sup>13</sup>. Pero sobre hombres como esos debe descender la severidad de Dios.

En segundo lugar se dice que los hijos de Dios no pueden vivir todos en un mismo lugar. Ni siquiera pueden habitar en un país; lo cual tampoco es necesario, porque el suelo es del Señor<sup>14</sup> y no importa dónde se viva, mientras sea en el temor de Dios.

Respuesta: todo eso es cierto; pero en la medida en que se pueda tener y lograr, es muy bueno y conveniente unirse de la mejor manera posible; sí, como extranjeros que buscan una nueva patria. Porque son pocos los que pueden andar por el mundo y tener mucha relación con él, y sin embargo mantenerse incólumes. Es muy peligroso, pero quien ama el peligro es fácil que perezca en él, especialmente en estos tiempos, que están colmados de riesgos, como jamás lo estuvieron otros. En este tiempo se ha brindado a la desposada del Cordero un lugar para morar, en medio del desierto de este mundo, para vestir allí ropajes de hermoso lino claro y así esperar al Señor, hasta que Él la conduzca aquí en las tribulaciones y más tarde la reciba en el eterno júbilo. El momento ha llegado. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

Pero cuando ya se está reunido con otros en la pobreza, en un lugar —de la misma manera en que se reúnen los niños abandonados— y a pesar de todo no se vive en comunidad como amigos y hermanos en el Señor, sino que se buscan excusas —uno por su estómago, otro por su esposa y su hijo, el tercero por alguna otra causa, como ha venido ocurriendo desde hace un tiempo— es evidente que uno no reconoce en su corazón al otro como algo suyo, como alguien a quien debe amar tanto como a sí mismo. De lo contrario se llevarían bien y se soportarían los unos a los otros, y el sano y fuerte tendría consideración por el que está enfermo y tiene estómago delicado, y daría a cada uno lo necesario para conservar el pobre cuerpo miserable<sup>15</sup>. Hay en la comunidad algunos burdos ignorantes que piensan que todo el mundo tiene buen estómago y puede digerir cualquier cosa... ¡Los diáconos deben prestar celosa atención en este aspecto, para que no se extremen las cosas en ningún sentido, para nadie, no sea que el cuerpo se mal acostumbre con pérfida comida y bebida! En resumen: allí donde las cosas son como se ha señalado y cada uno instala su cocina no puede decirse en verdad que haya un corazón, un alma y un cuerpo, como sería natural y necesario que ocurriera entre los hijos de Dios. O bien éste es un caso que debe ser rectificado en la casa del Señor.

En tercer lugar, se alega que en la época de los apóstoles las comunidades de Cristo no estaban ordenadas así; tampoco estaban así reunidas ni tenían todo en común, como lo demuestran sus cartas, salvo un breve período en Jerusalén, hasta la separación.

Respuesta: yo digo que hay una gran diferencia en los tiempos. Allí se los dejaba aun en sus casas y no eran inmediatamente arrojados a la miseria: ahora, en cambio, los hijos de Dios no tienen un lugar en todo el Imperio Romano. Porque la prostituta babilónica, montada sobre el dragón de las siete cabezas —me refiero a la Iglesia Romana, una sinagoga del diablo viviente— sólo escupe hacia afuera a los hijos de Dios y los empuja al desierto, a su lugar, como ya se ha señalado. Con todo, la verdad tiene que ser la verdad y debe subsistir como tal. Y todos los elegidos de Dios la siguen. Ella dice así: nosotros ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino al Señor; tampoco tenemos, en verdad, nada propio, sino dones del Señor —ya sean temporales o espirituales— en común. Sólo deben adaptarse las ordenanzas a las circunstancias de tiempo, lugar y situación de los hijos de Dios y no deben enseñorearse sobre estos; las ordenanzas deben ser impuestas y dispuestas siempre para el mejoramiento del pueblo. Establézcanse, pues, todas las ordenanzas de la manera en que lo permitan las circunstancias, para bien de los santos, y tómeselas con fuerza y póngaselas en vigor, para que la propiedad —el "suyo, mío, tuyo"— no pueda encontrarse en la casa del Señor y en su lugar encontremos un mismo amor, una misma preocupación, distribución y auténtica comunidad de todos los bienes del Padre, según su voluntad.

Digo también acerca de nuestros tiempos: si se permitiera a todos los que se convierten permanecer en sus casas, como en las comunidades de Pablo, ellos sólo serían honestos administradores y distribuidores y todas las cosas estarían correctamente dispuestas, como lo muestra Pablo. Pero los corazones libres, vacantes, dispuestos a la comunión y olvidados de sí mismos, deben seguir siendo, precisamente, los que tienen todo en común con los hijos de Dios, los que lo comparten y lo reparten gustosos, y que también se soportan y se toleran gustosos con los justos.

En cuarto lugar se dice: no todos son tan libres y tan olvidados de sí mismos, como para poder vivir en comunidad con todos los elegidos. A esos no se los debe expulsar.

Respuesta: un corazón egoísta y no entregado como ése, debe ser cortado y circuncidado, junto con el dios dinero; sólo así será ap-

to para construir la casa del Señor. Es preciso mostrarle francamente sus pervertidos errores y deficiencias, para que sea de un solo color y de una sola intención con los santos y entregados hijos de Dios.

Se dice, además, que Dios quiere un dador alegre<sup>16</sup>, alguien que dé sin que lo fuercen, por amor y placer, y no por presión y coerción.

Respuesta: espérese hasta encontrar tal gracia en el Señor en una persona y no se tome nada que se haya entregado sin alegría y de mala gana. Empero, corresponde a los diáconos del Señor el instruir, orientar y amonestar con toda paciencia en este sentido: sin mirar ni rechazar, en lo cual Pablo es un ejemplo. Faltan corazones muertos por sí mismos, libres, vacantes y entregados. Al comienzo estaban en el Señor; pero ahora, como la peregrinación se hace larga, poco a poco se vuelve a anidar en el mundo, de modo que pocos anhelan abandonarlo y más desean vivir que morir. El dicho "La muerte es mi recompensa"<sup>17</sup> se hará poco frecuente para muchos.

En conclusión: por todo esto es muy bueno para los hijos de Dios que, mientras dure su peregrinaje en la miseria, se reúnan y se mantengan unidos, lo mejor que puedan —si esto puede lograrse en el Señor— y que no consulten a la carne para ello. Porque la carne nunca lo aconsejará; siempre querrá salirse con la suya y tener lo suyo, y no padecer al lado de los justos.

También se aduce, que en ningún pasaje de la Sagrada Escritura se lee que sea un mandamiento del Señor el reunir los bienes y someterlos a diáconos y administradores.

Respuesta: es verdadero abandono (u olvido de sí mismo), entregarse y rendirse así al servicio de los santos con bienes y pertenencias. También es propio del amor. Porque también los verdaderos amigos tienen todas las cosas en común; son aquellos a los que se llama "dos cuerpos y una sola alma". Sí, en Cristo aprendemos a perderse uno mismo en el servicio de los santos, a ser y a volverse pobre y a padecer necesidades, para servir a otro; también a dejar de lado todos los bienes y pertenencias, a arrojarlos de uno, para que puedan ser distribuidos entre los necesitados y los desposeídos. Este es el más alto grado de abandono y de entrega libre, voluntaria al Señor y a su pueblo, por medio del espíritu de la gracia.

En resumen: un hermano debe servir, vivir y trabajar para el otro, ninguno para sí mismo; más aún, una casa [debe hacerlo] para la otra, una comunidad, para otra en otro lugar del país, allí donde el Señor les haya permitido reunirse como comunidad, como un cuerpo del Se-

ñor y miembros entre sí. Vemos esto en todos los escritos de los santos apóstoles: un hermano sirve al otro, una comunidad a la otra y se prestan mutua ayuda en el Señor. Ésta es permanentemente la vida de los santos y elegidos hijos de Dios en su peregrinación. Amén.

## NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

<sup>1</sup> Véase en las págs. 269 y 277-78 el significado de este título.

<sup>2</sup> Véase *De la amonestación fraterna* (págs. 189 y ss).

<sup>3</sup> Véase *Conversión, llamamiento y testimonio* (págs. 345 y ss).

## NOTAS AL TEXTO

<sup>1</sup> Una alusión a la confesión llamada "apostólica": "Creo en la Iglesia universal, la comunión de los santos..."

<sup>2</sup> Los términos *Gemeinde* (comunidad) y *Gemeinschaft* (comunión) se corresponden estrechamente sin ser del todo sinónimos. La *Gemeinde* es el cuerpo o el conjunto de personas; la *Gemeinschaft* es lo que ellos tienen en común o el hecho mismo de compartirlo.

<sup>3</sup> Citando de memoria, el autor combina elementos de Gl 2: 20 y 2 Co 5: 15.

<sup>4</sup> *Gelassen*. Todo lo que traducimos por "entrega", "abandono" u "olvido de sí mismo" refleja el concepto místico de *Gelassenheit*. Antes de la Reforma y en Müntzer, *Gelassenheit* significa una actitud espiritual, interior. En el anabaptismo vuelve a tener un sentido más ético; entregarse en las manos de Dios para servirle. En el hutterianismo se añade la dimensión particular que notamos aquí; renunciar a la voluntad propia especialmente en la forma de la propiedad. El concepto de propiedad debe siempre entenderse en el sentido radical: la relación de las palabras propio-propiedad es la misma en el alemán: *eigen-Eigentum*.

<sup>5</sup> La palabra *Diener*, "servidor", se usa en varios niveles. Puede significar un oficio particular, el del *Diener der Notdurft* ("servidor de la necesidad"), que traducimos por "diacono". Puede designar todo el cuerpo de líderes, incluso el "servidor de la palabra", que se puede traducir por "predicador". O bien puede entenderse indefinidamente, como aquí, en relación a cualquier servicio.

<sup>6</sup> El autor cita un proverbio en que todas las palabras riman: un (*ein*), común (*gemein*), puro (*rein*), propio (*eigen*), mío (*mein*), tuyo (*dein*), suyo (*sein*), impuro (*unrein*).

<sup>7</sup> I.e. en el ordenamiento de la comunidad de los hijos de Dios.

<sup>8</sup> *Gelassen*.

<sup>9</sup> Fast y Williams difieren en su interpretación de esta frase, de traducción difícil.

El autor parece distinguir entre dos niveles de la práctica de la comunidad de bienes: uno, total, sin posesiones propias; y otro donde el individuo tiene posesiones pero abre su casa y entrega sus bienes a los diáconos según las necesidades y la ocasión.

<sup>10</sup> "Tener muchas o pocas cosas" indica flexibilidad en cuanto al tamaño de la unidad económica (casa). Puede haber muchas (pequeñas) o pocas (grandes). Sin embargo, se opone a una concentración excesiva. "Muchas casas" permite aún la posibilidad de unidades familiares, bajo la condición de someterse a la disciplina común.

<sup>11</sup> Falta un fragmento del manuscrito.

<sup>12</sup> Así los hutterianos no proponen un "comunismo" obligatorio para la sociedad en general.

<sup>13</sup> I.e. los que no aman libremente a sus prójimos, prefieren vivir alejados para que no sea demasiado evidente (descubierta) su falta de amor. Así la "paz" que existe cuando se vive separado no es una paz genuina.

<sup>14</sup> Sal 24: 1. En otros escritos los anabaptistas citaban este texto ("del Señor es la tierra") para condenar las restricciones a su libertad de movimiento (destierro, vidas de presencia) y de predicación. Aquí se lo cita en favor de una dispersión geográfica de los fieles.

<sup>15</sup> Otra vez es concebible como caso extremo (cf. nota 9, pag. 282) que un individuo mantenga su propiedad personal ante la sociedad, a condición de participar sin limitaciones en la vida en común.

<sup>16</sup> Cita de 2 Co 9: 7.

<sup>17</sup> Flp 1: 21.